

APUNTES PARA UNA VIDA SOSTENIBLE¹

Cristina Carrasco cristinacarrasco@ub.edu

Enric Tello tello@ub.edu

“Cuestionar el paradigma patriarcal que desvaloriza e instrumentaliza la base material de la vida, negándole valor humano, permite romper el constreñimiento mental y recuperar la libertad de pensar lo impensable. Recorriendo los caminos que esta libertad nos abre estamos en condiciones de detectar experiencias materiales que, formando parte de la vida cotidiana, tienen capacidad transformadora. De la misma forma que en el margen y en el fondo del sistema único reconocido existen otras realidades negadas, también de carácter económico, es posible imaginar la existencia de otras economías que tanto a nivel local como global sean capaces de atender con eficacia las necesidades de la vida humana de manera sostenible. Ahí tenemos el reto y la capacidad de abordarlo”, Anna Bosch, Mujeres que alimentan la vida, Icaria, Barcelona 2010: 55.

En recuerdo de Anna,
apasionada de la vida.

¹ Queremos agradecer al ICPS que haya creado este espacio que nos permite pensar juntas y juntos sobre el tema complejo y multidimensional de la sostenibilidad de la vida. Seguramente el tema nos desborda ampliamente, pero el intento supone al menos un inicio de reflexión conjunta, un camino de debate y acción que muchas otras personas ya han iniciado también. El texto que sigue anda lleno de referencias implícitas a un sinnúmero de autoras o autores sin cuya lectura no habríamos podido articularlo. Sin embargo, dado que nuestro objetivo es propiciar un debate abierto y horizontal en foros sociales, en esta ocasión preferimos pensar y escribir sin ataduras. Por esta razón no insertamos en él toda la multitud de citas y referencias bibliográficas que serían necesarias en otro contexto, aunque al final ofrecemos algunas sugerencias de lectura. También agradecemos a Elena Grau Biosca su lectura atenta a una primera versión de este texto. Sus comentarios y sugerencias nos han permitido tratar la cuestión con mayor distancia y claridad.

Cualquier propuesta de cambio social requiere conocer la realidad que se desea transformar, para poder indagar en los mecanismos más adecuados que hagan posible experimentar el inicio de esa transformación hacia los objetivos propuestos. De ahí que iniciemos este libro planteando las condiciones (in) sostenibles de funcionamiento del sistema socioeconómico actual, para apuntar a continuación algunas ideas –señalando la importancia de trabajar a niveles macro, meso y micro-social– sobre cómo abordar la tarea de pensar y construir un sistema más sostenible en todas las dimensiones de esta palabra.

Nuestra propuesta se limita a ofrecer un marco inicial de referencia, un punto de partida que ayude a articular y poner en diálogo distintas propuestas de cambio social surgidas en ámbitos diferentes. Muchas de estas ideas prospectivas serán desarrolladas por personas expertas o implicadas en los distintos aspectos abordados en otros capítulos de este libro, o en otros muchos lugares. En definitiva lo más interesante es que pueda desarrollarse un debate común entre todos esos espacios y foros sociales. Para ello se necesita algo así como un conjunto de ideas-puente dentro de un marco de referencia básico que permita pensar de forma articulada las diversas dimensiones de nuestra experiencia, dentro del mundo común donde se desarrollan nuestras vidas como mujeres y hombres. Somos conscientes que intentar pensar esa perspectiva alternativa centrada en la sostenibilidad de la vida humana de un modo que resulte a la vez complejo, articulado y operativo resulta una tarea difícil y arriesgada. Pero no hacerlo supone también permitir que se refuerce el paradigma imperante que atenaza nuestro devenir de un modo cada vez más insostenible.

1. La (in)sostenibilidad de la sociedad humana: de dónde viene y a dónde va

Se trata pues, en primer lugar, de examinar la naturaleza del sistema capitalista desde su incapacidad para sostener las relaciones específicas que tienen lugar entre las relaciones de producción e intercambio de mercancías, las condiciones de vida y subsistencia de la población, y la utilización y/o agotamiento de los recursos naturales. Nos interesan, particularmente, las tensiones profundas que emergen en el terreno de la vida cotidiana como resultado de esas interacciones y observar cómo repercuten de forma distinta entre mujeres y hombres.

El funcionamiento del sistema social depende de distintos ámbitos estrechamente interconectados, estructurados bajo distintos tipos de relaciones y con distintos grados de dependencia entre ellos. Aunque las fronteras entre dichos espacios son por lo general porosas y cambiantes, podemos identificar

ciertos ámbitos distintos donde se desarrolla nuestra vida en común como si fueran los distintos eslabones de una cadena de sostén. Los límites entre los eslabones de esa cadena que sustenta la continuidad de la vida humana nunca son del todo fijos, cambian su propia composición y estructura dependiendo del contexto histórico, cultural, de renta, etc. En consecuencia, también sus relaciones e interacciones mutuas se modifican en cada medio social o situación histórica. Sin embargo, y aunque se trate de una primera versión inicial muy simple, puede resultarnos útil pensar la sostenibilidad de la vida humana desde una cadena integrada por cinco eslabones lógica e históricamente ordenados del siguiente modo: los sistemas naturales, el espacio doméstico del cuidado, las comunidades, la administración pública del Estado, y los mercados.

Primer eslabón: la naturaleza

En el nivel más básico siempre aparece la naturaleza, como no puede ser de otro modo. En última (o primera) instancia la vida humana depende de los recursos y servicios ambientales que proveen los sistemas naturales, y la continuidad de ese proveimiento depende de su buen o mal estado ecológico. Su relación con el resto de los ámbitos de la cadena de sostén es muy básica: para existir o hacer cualquier cosa necesitamos utilizar recursos energéticos y materiales de la naturaleza, y devolverle residuos. Si las tasas de utilización de aquellos recursos renovables o las tasas de sustitución de los no renovables superan la capacidad de renovación de los sistemas naturales que nos sustentan, nuestras vidas se fundan en un deterioro de la biosfera a expensas de las generaciones futuras. Lo mismo ocurre si los residuos de cualquier clase que devolvemos al medio superan su capacidad de asimilarlos y convertirlos de nuevo en recursos. Incluso si las tasas de extracción de recursos y vertido de residuos mantuvieran un cierto equilibrio con la capacidad de sostén y renovación de los sistemas naturales, su estado ecológico también puede degradarse cuando el grado o la forma de ocupación del territorio resulta incompatible con la diversidad y complejidad ecosistémica requerida para mantener un sinfín de servicios ambientales vitales (fertilidad del suelo, biodiversidad, polinización, control de plagas, agua limpia, etc.).

En ese primer eslabón tan básico la noción de sustentabilidad debe partir de reconocernos a nosotras mismas, y a nosotros mismos, como una forma propia de naturaleza transformada que a su vez transforma constantemente su entorno natural común. Somos naturaleza y cultura a la vez. Dependemos de la naturaleza de la que formamos parte, y coevolucionamos con ella lo

queramos o no, lo sepamos o no. Transformando su entorno natural la especie humana se ha transformado a sí misma a lo largo de la historia. Y viceversa, cada transformación social ha comportado modificaciones sustanciales en nuestra relación con la naturaleza. Ser sostenibles en ese primer nivel básico significa mantener esta relación de interdependencia de nuestras sociedades con la naturaleza dentro de una senda coevolutiva –siempre abierta y cambiante– que resulte perdurable desde el punto de vista de los recursos naturales y servicios ambientales que heredarán las generaciones futuras.

Los crecientes problemas ecológicos locales y globales que vivimos actualmente son resultado de una forma de interacción socio-metabólica con la naturaleza propia de la economía capitalista, la sociedad patriarcal y una cultura tecnológica androcéntrica que han demostrado ser ciegas, prepotentes y sumamente ignorantes ante los vínculos de dependencia que nos unen irremisiblemente al resto de la naturaleza. El agotamiento de recursos renovables (pesca, bosques, acuíferos) y no renovables (combustibles fósiles), las múltiples formas de contaminación localmente concentrada (industrial y urbana) o difusa (agroindustrial), el cambio climático y la drástica pérdida de biodiversidad, son todos ellos fenómenos ocasionados por nuestra estructura actual de producción y consumo regida por un orden socio-simbólico que únicamente tiene en cuenta el crecimiento económico mercantil sin preocuparse de mantener una relación socio-metabólica perdurable con el medio natural.

En sus múltiples facetas esa crisis ecológica global está estrechamente ligada a graves situaciones de desigualdad, pobreza y miseria, a la vez que está creando nuevas formas de empobrecimiento derivadas de la propia degradación ambiental. En definitiva, una economía regida únicamente por el logro del máximo beneficio mercantil privado implica una estructura de toma de decisiones que deviene ajena e indiferente a cualquier palpito de vida. Eso está poniendo en serio peligro la renovación de los bienes-fondo básicos de la biosfera que en último (o primer) término sostienen nuestra existencia en común. Su degradación resulta cada vez más patente incluso en nuestro propio devenir inmediato.

En su definición más difundida, se supone que la sostenibilidad consiste en satisfacer las necesidades humanas de las generaciones actuales sin poner en peligro la satisfacción de las necesidades de las generaciones venideras. Sin embargo, para transformar esa regla puramente axiológica en criterios y propuestas operativas concretas debemos formular a continuación la

siguiente pregunta: ¿cómo surgen, se formulan, expresan y satisfacen realmente las necesidades humanas? La respuesta no es nada obvia, dado el carácter social de nuestra especie en tanto que naturaleza cultural y tecnológicamente transformada. Los bienes y servicios ofrecidos por los sistemas naturales ya no pueden satisfacer directamente, sin mediación alguna, nuestras necesidades humanas. Tampoco la carencia que supone su privación, tanto si deriva de un agotamiento físico, de la degradación ecológica o de una simple denegación de acceso, proviene únicamente de la existencia o inexistencia de tales sistemas naturales.

Nuestros lazos de interdependencia con la naturaleza transcurren a través de un *metabolismo social* –un concepto acuñado por Karl Marx y olvidado por la inmensa mayoría de la tradición marxista–. Los bienes fondo y los flujos de materia y energía de los sistemas naturales sólo se convierten en recursos naturales para nosotras y nosotros a través de una larga cadena de mediaciones sociales, culturales y tecnológicas que establecen unas reglas de acceso dentro de un orden social y simbólico dado, y transforman materialmente aquellos flujos en bienes y servicios aptos para satisfacer nuestras necesidades surgidas y expresadas dentro de aquel medio social. Fuera de aquellas redes y mediaciones sociales no podemos devenir humanos, ni experimentar y satisfacer necesidades humanas.

Como cualquier otro animal, mantenemos un metabolismo individual *endosomático* –es decir, que transcurre dentro de nuestro propio cuerpo–, pero incluso éste se organiza en nuestro caso a través de muchas intermediaciones sociales. Una cosa son nuestros requerimientos nutricionales, y otra la dieta socialmente construida que la satisface. Una cosa es adquirir los ingredientes crudos de esa dieta en un mercado, y otra distinta cocinarla, servirla en una mesa bien puesta y degustarla en un entorno agradable. Una cosa es quitar la mesa y fregar los platos, y otra separar los residuos orgánicos de los que no lo son, y llevarlos a donde se puedan reciclar, y así sucesivamente. Mientras la nutrición forma parte de nuestra lista de necesidades vitales, los diversos *satisfactores* que pueden satisfacerla dependen de otros eslabones sociales de la cadena de sostén. A diferencia de los demás animales, nuestro metabolismo social es también *exosomático* en una proporción muy elevada y creciente. Todo ello requiere de otros recursos y capacidades de sostén que están más allá de los sistemas naturales.

De hecho, podemos pensar sintéticamente lo que hemos dado en llamar *desarrollo* de nuestra especie como un proceso de alargamiento de esta

cadena de sostén de las necesidades humanas que regula y materializa nuestro metabolismo social. Eso nos da un criterio muy claro para ordenar lógicamente e históricamente sus eslabones sucesivos. Durante millones de años nuestra especie subsistió materialmente y se desarrolló social y simbólicamente organizada en grupos familiares dentro de pequeñas comunidades. Sólo mucho más tarde, hace tan sólo una docena de milenios, encontramos indicios claros de la existencia de Estados que organizaban administrativamente territorios más amplios en los que subsumían a las comunidades de su interior separándolas del mundo exterior con una frontera. Más o menos al mismo tiempo, también aparecen en el registro arqueológico o las fuentes escritas indicios de un intercambio mercantil cada vez más intenso con comunidades, territorios y Estados cada vez más alejados.

Tanto la evidencia histórica como la teoría económica coinciden en afirmar que el desarrollo del intercambio mercantil ha requerido de la existencia de leyes y normas establecidas por Estados capaces de hacerlas cumplir. Sin embargo, tanto la teoría económica como buena parte de la historiografía han tendido a olvidar el papel sustentador vital que las comunidades, las unidades familiares domésticas y los sistemas naturales ha seguido ejerciendo por debajo de los mercados y los Estados en todas las sociedades humanas conocidas hasta nuestros días. Así pues, sólo hay un modo operativo claro para poder pensar cómo satisfacer sosteniblemente las necesidades humanas del presente sin poner en peligro la satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras: analizar la entera cadena de sostén en la que estas necesidades surgen, se expresan, se satisfacen o se frustran a través de distintos satisfactores y reglas de acceso.

Segundo eslabón: el espacio doméstico del cuidado

A continuación de los sistemas naturales, y subiendo un eslabón en la cadena de sostén, encontramos el espacio del cuidado que tiene lugar principalmente dentro de unidades familiares domésticas de muy diverso tipo. Nacemos de una madre en el seno de un hogar, y es ahí donde a partir de nuestra condición primigenia de crías de mamífero sumamente dependientes adquirimos una identidad sexuada, un nombre, un lenguaje y unas capacidades básicas que nos permiten devenir seres humanos, es decir naturaleza culturalmente transformada. Sólo ahí comenzamos a ser *alguien*. Es decir, únicamente a partir de ese cuidado básico podemos llegar a ser personas relativamente autónomas capaces de interactuar con otros seres humanos en redes cada vez más amplias de interdependencia relacional. Lo que entendemos por

identidad y libertad personal sólo puede emerger y desarrollarse dentro esa red de interdependencias que tiene en el cuidado de unas personas por otras, y de unas generaciones por otras, su fuente básica de sostén.

El artículo primero de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 dice lo siguiente: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». Aunque demasiado a menudo el vínculo que enlaza entre sí la tríada de conceptos formada por la libertad, la igualdad y la fraternidad se asocia a la noción de «derechos», uno de sus redactores, Stéphane Hessel ha subrayado, con razón, la importancia de la palabra «dignidad» en esa declaración. Vale la pena preguntarnos cómo se consigue realmente llegar a tener una vida «digna».

El propio Hessel nos da la respuesta con las bellas palabras que ha dedicado a su madre: «Me enseñó sobre todo a ser feliz aunque sólo fuera para ser digno de ella, que sabía dar felicidad. A ser feliz, es decir, a adquirir la suficiente confianza en mí mismo como propagador de felicidad como para superar cualquier obstáculo entre el objetivo perseguido y el esfuerzo por alcanzarlo». Estas dos frases están dedicadas a una madre concreta y singular, nada menos que la periodista alemana Helen Grund –que inspiró el personaje de Jules en la novela y la película *Jules et Jim*–; sin embargo, cualquier otro hombre o mujer podría hacerlas suyas al pensar en su propia madre, o en quien fuera que jugara ese papel en sus vidas, o en todo caso –pues en el mundo real felicidad e infelicidad siempre andan juntas– en cómo les habría gustado que fueran. Esa identificación sólo es posible porque a través de su madre Hessel describe con gran precisión algo que cualquier ser humano ha vivido como experiencia o como carencia: de qué modo el amor y los cuidados amorosos nos capacitan.

Así pues, la próxima vez que reescribamos aquel primer artículo de los Derechos Humanos debería decir lo siguiente: «*Todos los seres humanos nacen del seno de una madre y llegan a ser libres e iguales en dignidad y derechos gracias a una inmensa dedicación de cuidados, atenciones y amor de unas generaciones por otras que debe ser compartida entre hombres y mujeres como una tarea civilizadora fundamental de nuestra especie, gracias a la cual todas las personas pueden llegar a estar dotadas de razón y conciencia, y en virtud de la cual deben comportarse fraternalmente las unas con las otras a lo largo de sus vidas adultas*». De ese modo el vínculo entre libertad, igualdad y fraternidad dejaría de ser un mero imperativo categórico, y encontraría al

fin su fundamentación en la deuda que cualquier persona ha contraído con las demás –y en especial con la propia madre– para poder llegar a ser libre a través de la *inter-dependencia* relacional con sus semejantes.

Esa economía doméstica del cuidado que nos permite llegar a ser personas libres e iguales, capaces de confraternizar con nuestros semejantes, ha sido siempre, y sigue siendo hoy, una economía real en el sentido que produce bienes, servicios y cuidados tanto materiales como emocionales destinados a satisfacer estas necesidades fundamentales de las personas a lo largo de todo su ciclo vital en el hogar. A pesar de lo cual la mayoría de los economistas no la consideran como parte de la economía, al no estar orientada al mercado ni regirse por criterios mercantiles. Y sin embargo la economía del cuidado es el ámbito fundamental de la civilización. Para verlo así sólo es necesario entender que la civilización no es algo simplemente dado de una vez por todas, pues requiere una tarea *civilizadora* sin fin que constituye el verdadero núcleo de creación y recreación de la condición humana.

Ahí nacemos, crecemos, nos socializamos y adquirimos la identidad y autoestima básicas que nos permiten participar del mundo común más amplio de la sociedad humana. Ese desarrollo personal básico tiene lugar a través de los bienes, servicios y cuidados tanto biofísicos como emocionales históricamente producidos fundamentalmente por mujeres en o desde los hogares. Incluye la alimentación, un alojamiento ordenado y limpio que permita un verdadero descanso, la higiene corporal, en definitiva todas las necesidades básicas relacionadas con el cuerpo que son la base material del bienestar en la vida, y también las necesidades emocionales fundamentales que se satisfacen a través de los afectos y el reconocimiento. Sólo gracias a todos esos cuidados básicos previos podemos después presentarnos ante las demás personas –o contemplarnos a nosotras mismas y nosotros mismos en un espejo– con un sentimiento de *dignidad*: pues los demás y las demás también esperan recibirnos en ese estado de decencia básica para otorgarnos su reconocimiento como alguien que pertenece a su mundo común.

Como hombres ilustrados que eran, los primeros economistas –Adam Smith o David Ricardo por ejemplo– entendieron muy bien que ese sentimiento de decencia que marca la diferencia entre un nivel de vida «digno» o «indigno» de un ser humano suponía el acceso a una cierta cesta de bienes (vestido, calzado, cobijo, aseo) cuyo coste incluyeron en el salario mínimo necesario para ‘reproducir la fuerza de trabajo’. Pero no fueron capaces de ver que, más allá de aquella cesta de bienes materiales que pueden ser mercantilizables, la

conversión en seres humanos hábiles para interactuar libremente en sociedad, y su mantenimiento en ese estado de decencia hasta el final de sus días, requiere una tarea inmensa de cuidados continuados que se desarrolla en el ámbito doméstico, que hasta ahora ha sido llevado a cabo mayoritariamente por mujeres y nunca podrá ser mercantilizado o colectivizado por completo.

Como *hombres e ilustrados* que eran, los primeros economistas pensaban que la civilización humana suponía un proceso de separación de la naturaleza y de dominio sobre ella. Creyeron, también erróneamente, que ese proceso de civilización era una especie de logro histórico que se había dado de una vez por todas, y luego ya perduraba para siempre gracias a la superioridad intelectual y tecnológica adquirida. Pensaron que la ciencia económica podía tomar ese proceso de civilización como algo dado, un rasgo que simplemente se da por supuesto.

De nuevo cometieron un error inmenso. Porque si entendemos la civilización humana como una naturaleza transformada por la cultura, se trata de un proceso que debe recomenzar de forma individualizada en cada una de nosotras, y cada uno de nosotros, cuando llegamos a este mundo como simples mamíferos desvalidos (con un montón de capacidades innatas que requieren el estímulo de la relación para desarrollarse). Y luego debe acompañarnos a lo largo de toda nuestra vida hasta poder morir también «decentemente» y en paz con nosotras mismas o nosotros mismos. La civilización humana únicamente puede sostenerse, individual y colectivamente, a través de esa inacabable tarea del cuidado que acompaña una vida humana digna, desde sus inicios y hasta el final, en el ámbito doméstico. Aún siendo aparentemente tan prosaica, debe considerarse una tarea civilizadora porque es por medio de ella como la civilización humana perdura del único modo que puede hacerlo una naturaleza culturalmente transformada: reproduciéndose de persona a persona, comenzando y finalizando en el ámbito doméstico donde nacemos y morimos.

Detrás de cada generación que deviene adulta se ha invertido, por tanto, una tarea silenciosa de cuidado, dura y persistente, llevada a cabo una y otra vez por millones de mujeres –y a veces también por algunos hombres, que son perfectamente capaces de llevarla a cabo a excepción de la gestación, el parto y la lactancia materna–. Puesto que acompaña la vida de cada ser en su devenir humano, esa tarea civilizadora es experta en colaborar con una determinada naturaleza para desarrollar una determinada cultura identificando las necesidades y carencias que *cada* ser humano experimenta en cada

situación, y ofrecer la combinación de *satisfactores* materiales y emocionales más adecuada dentro de la red de interdependencias relacionales en cada contexto. Sabe muy bien cuánto tiempo, esfuerzo y atención individualizada se ha debido invertir para que *cada* nueva generación adquiriera su condición humana, y pueda mantenerse en ella. También sabe lo que cuesta cuidar a los enfermos y desvalidos, y acompañar una muerte digna que constituye la última experiencia a la vez natural y social de nuestras vidas. Todo eso supone cultivar la relación como un arte, el arte de la humana relación. Por eso probablemente las mujeres se han opuesto tantas veces a la barbarie de la muerte violenta: porque saben lo que vale –y lo que duele– la destrucción de su inacabable obra civilizadora.

Sin embargo, a pesar de la enorme inversión de trabajo, energía emocional, atención individualizada y conocimiento relacional experto invertido en esa labor hasta el día de hoy mayoritariamente femenina, y su insustituible papel para el sostén de la vida humana, toda esta gran obra civilizadora deviene literalmente invisible en el orden simbólico mercantil de un sistema económico androcéntrico únicamente regido por el beneficio monetario privado. Como si dentro de ese orden capitalista y patriarcal dejara de ser algo tangible y material, para ingresar en el reino de aquellas inexistencias que lo son, no porque hayan dejado de ser importantes, sino simplemente porque pasan a darse por supuestas.

Así pues, y por mucho que se alargue la cadena de sostén, en todas las sociedades humanas el ámbito del cuidado doméstico sigue jugando un papel primordial e insustituible por debajo del velo de la ignorancia en que los eslabones superiores dominantes lo mantienen. Su objetivo, y su responsabilidad, son la reproducción de la población y la capacitación básica de las personas a lo largo de su ciclo vital con las dependencias relacionales específicas que implica cada etapa de la vida. Eso también incluye la reproducción de la fuerza de trabajo necesaria para la producción de mercado y la generación de beneficios mercantiles.

Los economistas clásicos llamaron ‘fuerza de trabajo’ a un conjunto de capacidades humanas básicas, y de capacitaciones laborales más específicas fundadas en las primeras, que permiten llevar a cabo unas determinadas tareas dentro de un proceso de producción complejo durante un tiempo determinado. Pues bien, esa ‘fuerza de trabajo’ –que las empresas toman simplemente como dada en el ‘mercado de trabajo’– no puede reproducirse sólo con el salario que percibe a cambio. Requiere también, necesariamente,

del trabajo de cuidados gratuitamente desarrollado en el ámbito doméstico a cargo mayoritariamente de mujeres hasta la fecha.

Pero, como hemos visto, ese ‘mercado de trabajo’ da todo eso por supuesto y no genera remuneración alguna para esta labor. Se aprovecha de que la economía del cuidado se ha desarrollado en el ámbito doméstico como un espacio no mercantil, donde rige la gratuidad relacional del don que se entrega en espera de una reciprocidad futura –sea ésta intergeneracional o dentro de una misma generación–. Con lo cual el espacio del cuidado le está entregando a la producción de mercado, históricamente desarrollada encima de él, una fuerza de trabajo por debajo de su coste. Aunque es necesario aclarar de inmediato que éste no se puede ni debe calcular en esos términos. Aquella minusvaloración representa finalmente una parte del beneficio de la empresa, sin duda. Pero, al igual que ocurre con la desvalorización mercantil de la naturaleza, no estamos aquí ante un mero olvido de una parte del valor económico que pueda llegar a restituirse por medio de algún tipo de cálculo, sino ante un conflicto abierto entre valoraciones distintas expresadas en lenguajes diferentes. Al incorporar no sólo tiempo y esfuerzo, sino un auténtico arte de la humana relación, su valor económico es sencillamente incalculable. Por eso para una parte sustancial de dicho trabajo doméstico no hay verdaderos sustitutos de mercado o públicos.

De ahí se sigue que la producción de mercado capitalista no tiene capacidad para sostenerse y reproducirse de forma autónoma, y depende por tanto de la economía del cuidado para su reproducción. Aunque nunca lo admita ni lo tenga en cuenta para nada, como tampoco lo hace la esfera pública del Estado cuando toma como algo dado la existencia de un cuerpo de ciudadanos y ciudadanas capaces de deliberar y votar sobre los problemas políticos de la vida en comunidad.

Hay un aspecto de esa gratuidad relacional que caracteriza el espacio doméstico del cuidado en el que vale la pena detenerse. Su reproducción constante del proceso de civilización puede definirse, desde ese ángulo, como un ‘metabolismo social mediado por el amor’ –tal como lo hizo Christopher Caudwell, un curioso marxista inglés que murió muy joven combatiendo con las Brigadas Internacionales contra el fascismo en España–. Por ‘amor’ entendía aquí Caudwell una forma de reaccionar alternativa a una respuesta puramente instintiva de supervivencia ante lo distinto y desconocido, que nos llevaría o bien a atacar (cuando identificamos en lo distinto a una posible presa) o a huir (cuando identificamos en lo desconocido a un eventual

depredador). En ese sentido amplio el amor se funda en la naturaleza de nuestro dimorfismo sexual, e incluye sin duda la propia pulsión sexual. Pero va también mucho más allá al incluir la atracción por aproximarse y conocer todo aquello distinto a nosotras y nosotros. Es, por tanto, también amor al conocimiento y el reconocimiento mutuo, la pulsión básica que ha conducido a nuestra especie a explorar el entorno, a trabajar y colaborar con la naturaleza y otros seres humanos para llegar a saber.

De ahí ha surgido el gran salto civilizatorio que ha permitido domesticar plantas y animales, crear herramientas y adornos, desarrollar el arte y la ciencia: todas ellas tienen en común la pulsión por conocer y comprender en un entorno de gratuidad entre personas que se reconocen como pares entre sí. Sin embargo el desarrollo humano de esa atracción por saber, mediada por la gratuidad del amor, también ha sido a menudo cercenada y subsumida por las jerarquías patriarcales de dominación, que surgieron muy pronto entre los espacios del cuidado doméstico y la comunidad social más amplia. Por debajo de esa jerarquía patriarcal ha seguido operando la gratuidad relacional del don basada en la reciprocidad y el reconocimiento mutuo, tanto en los espacios del cuidado doméstico como en otros ámbitos sociales –por ejemplo en cualquier proceso genuino de creación artística o generación de conocimiento veraz–. Simultáneamente, por encima del patriarcado y basándose en él, se han desarrollado las esferas superiores del Estado, el mercado y el capitalismo.

Eso significa, lisa y llanamente, que aunque el patriarcado, el Estado y el mercado hayan llegado a impregnar cualquier ámbito de nuestra vida social, nunca han podido ocuparlo todo por completo. Si lo hubieran hecho, hasta el punto de no dejar espacio alguno al ‘metabolismo social mediado por el amor’, la civilización humana habría colapsado mucho tiempo atrás. Simplemente, porque sin esos eslabones básicos de la cadena de sostén fundados en la gratuidad del amor en todas sus manifestaciones la sociedad humana resulta por completo insostenible.

Esa constatación es muy importante para pensar y llevar a cabo cualquier nueva propuesta de cambio social más allá del patriarcado, y del Estado y el mercado capitalistas. Cuando miramos esa cadena de sostén desde arriba hacia abajo, podemos legítimamente pensar que el patriarcado y las relaciones mercantiles despersonalizadas propias del capitalismo han estado parasitando la economía del cuidado de unas personas por otras fundada en la gratuidad del amor, y la naturaleza común. Pero cuando la miramos

desde abajo hacia arriba también descubrimos que para liberarnos de ese parasitismo lo primero que hay que hacer es reconocer la inmensa valía que atesoran esos espacios más básicos de la cadena de sostén donde se funda y reproduce la civilización humana en permanente interacción entre la naturaleza y la cultura. Debemos basarnos en ellos para llevar a cabo cualquier propuesta social de verdadera liberación.

Tercer eslabón: las comunidades

A continuación, subiendo otro eslabón en la cadena de sostén, se sitúan las comunidades. Como todos los demás, éste también es un espacio que se ha ido modificando a lo largo de la historia. Desde tiempos pretéritos y hasta épocas muy recientes el espacio de los hogares y el de las comunidades mantenían relaciones muy fluidas y estrechas. Las condiciones de vida vigentes conllevaban producir, trabajar y vivir en un medio social colectivo a través de relaciones poco o nada mercantiles donde aún predominaba, o subsistía, la gestión comunal de bastantes recursos naturales básicos. Las personas constituían y eran parte de la comunidad en la que obtenían un reconocimiento, donde llegaban a ser alguien a los ojos de las demás.

Podemos entender mejor ese engarce entre las esferas del hogar y la comunidad si pensamos en el ciclo vital de cualquier persona. Nacemos y nos criamos en un entorno familiar donde adquirimos un nombre, una identidad y unas capacidades básicas. Pero muy pronto llega un momento en nuestro desarrollo personal en el que descubrimos la existencia de otro mundo social más amplio más allá del propio hogar, y es entonces cuando entramos en relación con la comunidad que nos acoge. Es en ella donde encontraremos otras familias con rasgos distintos a la nuestra, y donde desarrollaremos nuevos lazos de amistad. De acuerdo con tabúes sexuales muy básicos para nuestra naturaleza transformada en civilización, también será en esa comunidad mayor donde probablemente buscaremos y encontraremos compañeros para disfrutar de nuestra pulsión sexual y atracción amorosa, fundar un nuevo hogar y –si es el caso– reproducirnos biológicamente y culturalmente.

Como en el ámbito doméstico del cuidado, todos esos lazos sociales comunitarios siguen fundándose en la reciprocidad del don gratuito, la ayuda mutua y la cooperación. Eso los diferencia justamente de la esfera pública del Estado, aunque sus fronteras sean muy porosas y hayan existido muchas comunidades rurales o urbanas que para establecer un trato aceptable

con las esferas superiores más o menos estatales que las subsumían –por ejemplo los señores feudales, la Iglesia o el Rey– adoptaron reglas formales tanto consuetudinarias como escritas de carácter mucho más político. Al igual que en el ámbito doméstico, desde muy pronto aquellas costumbres en común fundadas en la gratuidad del don relacional se vieron sesgadas por las jerarquías patriarcales, a las que se añadieron otras surgidas de la desigualdad de acceso a los recursos que dejaron de ser comunes, o de las distinciones de estatus impuestas por reglas socio-institucionales o políticas más amplias. En combinaciones distintas y cambiantes aquellos principios básicos de la ayuda mutua, sesgados por las jerarquías patriarcales, las desigualdades sociales y las distinciones de estatus, han seguido caracterizando muchas formas históricas diferentes de comunidad local.

Mientras en algunas zonas del planeta poco industrializadas aún se mantiene vigente aquel tipo de comunidad rural, a la vez consuetudinaria e institucionalizada, que en Europa ya sólo encontramos en los libros de historia, en los entornos urbanos donde vive ahora la mayor parte de la Humanidad sigue habiendo otros tipos de comunidades muy diferentes. Algunas son todavía cercanas geográficamente al hogar, como la vida asociativa de barrio o las amistades que nacen constantemente alrededor de las escuelas públicas donde las niñas y los niños siguen accediendo mayoritariamente a pie. El urbanismo ecológico define, justamente, a un barrio por el alcance de la pierna humana: aquel espacio donde es posible satisfacer la mayor parte de nuestras necesidades cotidianas moviéndonos a pie. Pero el desarrollo de las redes de transporte físico primero, y de internet después, han abierto la posibilidad de establecer relaciones y crear nexos asociativos, comunidades de afinidad y redes sociales de tipo muy diverso no necesariamente relacionadas con la cercanía territorial.

Todas esas comunidades y redes sociales, geográficamente cercanas o no, siguen siendo de vital importancia para la participación ciudadana y la cohesión social. Son espacios donde la socialización de las personas prosigue con la tarea de capacitar el desarrollo humano comenzada en los hogares. Dan respuesta a nuestra vulnerabilidad y necesidad de reconocimiento, nos empoderan a través de la cooperación que permite superar la impotencia del aislamiento, nos ofrecen una red de interdependencias para evitar la soledad cuando ésta no es deseada. Esos rasgos los caracterizan y diferencian de las relaciones jerárquicas y/o despersonalizadas que se dan en otros espacios exteriores al ámbito doméstico, como la esfera política del Estado o el mercado capitalista.

Todas las luchas sociales conocidas a lo largo de la historia se han desarrollado a partir de la capacidad de la gente de sentirse parte de una cierta comunidad de iguales, a menudo confrontada con otros intereses o instituciones ajenos y contrarios a ella. Gracias al desarrollo de esa cooperación fundada en el principio del «*hoy por ti y mañana por mí*», que siempre presupone un cierto grado de cercanía y reciprocidad, la acción colectiva ha podido invalidar tantas veces la presunción de muchos economistas según la cual el interés puramente individual debería llevar a todo el mundo a no implicarse en acciones colectivas para rehuir el coste personal que suponen, aprovechándose en todo caso de que sean las demás personas quienes lo asuman. Desde luego, si todo el mundo se comportara así nunca habría habido acción colectiva ni existirían luchas sociales.

Eppur si muove. La mera existencia de un amplio repertorio histórico de luchas sociales demuestra que por debajo del mercado y el Estado ha habido siempre, y sigue existiendo, un ámbito muy importante fundado en relaciones comunitarias de cercanía donde se desarrollan y cultivan valores comunes. Evidentemente la privatización individual de los derechos de acceso a los recursos naturales, y su concentración en pocas manos, ha dado lugar a comunidades muy diferentes entre sí. En esas sociedades desiguales las distintas identidades comunitarias pueden yuxtaponerse, superponerse o incluso confrontarse y oponerse entre ellas.

Para que una comunidad pueda llegar a ser realmente capacitadora del desarrollo humano de las personas que la integran, éstas deben poder adoptarla a lo largo de sus vidas como una afinidad electiva tanto si han nacido y crecido en ella como si la han adoptado después. Tenga o no una base territorial de proximidad, cualquier vínculo social puede ofrecerse y funcionar como una comunidad de elección o cerrarse a ella. Para comportarse como una comunidad de elección, esas identidades comunitarias deben ser lo suficientemente abiertas, cambiantes y fluidas para dejarse transformar a través de la gente que las adopta como suyas. Por eso no todos los comunitarismos son siempre abiertos y favorecedores del desarrollo humano entendido como libertad. Eso incluye, sin duda, la larga trayectoria histórica de las identidades de carácter nacional en las que es posible encontrar situaciones de todo tipo, abiertas o excluyentes.

Las jerarquías patriarcales también han impregnado la larga historia de las comunidades, cercenando o sesgando su noción de bien común. Y sin embargo, pese a todo, tampoco aquí ni el patriarcado ni las desigualdades

sociales o nacionales han impedido del todo que las nociones de bien común, dignidad relacional y derechos compartidos hayan seguido abriéndose paso a través de un cierto tipo de acción colectiva. De hecho eso que hemos dado en llamar democracia es hija de esa clase de luchas sociales emancipadoras desarrolladas a pesar del patriarcado, el Estado, el mercado y el capitalismo realmente existentes.

Cuarto eslabón: los Estados

El funcionamiento del sistema capitalista requiere de la existencia del Estado, por la sencilla razón que sin las normas, leyes o regulaciones que establece y obliga a cumplir el intercambio mercantil difícilmente puede desarrollarse. No al menos hasta el punto de inflexión que ha supuesto pasar de una sociedad con algunos mercados de bienes a una sociedad de mercado, donde tanto gran parte de los bienes y servicios como la mayoría de factores de producción han sido mercantilizados –a excepción, como vimos, de los ámbitos previos del cuidado y reconocimiento personal basados en la reciprocidad gratuita–. De aquí que este ámbito se sitúe a continuación de las comunidades y antes, lógica e históricamente, del espacio del mercado.

Por otra parte, en un grado u otro y en distintas formas según su propia naturaleza, los Estados y sus gobiernos necesitan legitimarse. Para lograr que la población administrada cumpla con las leyes y normas establecidas no basta con la fuerza bruta de la coerción o el miedo a una represión feroz. Por eso todos los Estados han tomado prestadas hasta cierto punto, reelaborándolas con ayuda de sentimientos religiosos y/o nacionales, las nociones preexistentes de bien común propias de la cultura de la gratuidad relacional vigente en las comunidades y el ámbito doméstico. De nuevo el patriarcado ha jugado históricamente un importante papel de engarce entre esos distintos eslabones, legitimando la extensión de la cadena de sostén hacia el Estado y el mercado.

Tanto en el pasado como en tiempos recientes, las acciones colectivas siempre han jugado con –y sacado cierto partido de– esa necesidad de los Estados y sus gobiernos de lograr cierta legitimación o consenso pasivo de la población administrada. Por eso uno de los resultados relevantes de las luchas sociales democratizadoras ha sido la creación de un abanico de bienes y servicios públicos, administrados por el Estado a través de los impuestos, cuyo acceso no está regido por la capacidad adquisitiva de cada cual en el mercado sino por derechos personales de ciudadanía. Al notable incremento

de esos bienes y servicios públicos tras la victoria sobre el nazismo y los fascismos en la Segunda Guerra Mundial se le acabó denominado 'Estado del Bienestar', en contraposición al 'Estado Guerrero' nazi (*Warfare State*).

La gestión de la última Gran Recesión iniciada en 2008 ha puesto de manifiesto hasta qué punto sigue siendo verdad que ese Estado liberal, y sus gobiernos de turno, se comportan como una especie de 'Estado Mayor de las Altas Finanzas'. Es decir, gobiernan para una inmensa minoría de mega-ricos. Sin embargo, y a la vez, esos Estados y los gobiernos de turno tienen a su cargo la tarea nada despreciable de gestionar una importante dotación de bienes y servicios públicos que juegan un papel de primer orden para la sostenibilidad de la vida cotidiana de la inmensa mayoría de la gente. De modo que ya no es verdad que esa inmensa mayoría trabajadora no tenga más que sus cadenas para perder si aquellos 'Estados del Bienestar' se vinieran abajo.

Cualquier nueva propuesta de transformación social más allá del capitalismo debe tomar en consideración esa condición bifronte de los Estados democráticos que, estando indudablemente al servicio de una ínfima minoría de grandes inversores privados, gestionan a la vez un importante componente de bienes y servicios públicos de carácter 'socialista' o colectivista para la mayoría de la sociedad. Por eso, y a diferencia de otros momentos históricos en los que el Estado liberal se reducía únicamente a gestionar los intereses de las altas finanzas –y algunos movimientos sociales vislumbraron un hipotético futuro de superación conjunta del capitalismo y el Estado–, ahora debemos concentrarnos más bien en cambiar a fondo tanto la importancia relativa de los distintos ámbitos de la cadena de sostén, como los nexos que unen unos eslabones con otros para redefinir las funciones que el Estado juega como engarce entre los mercados, las comunidades, los espacios domésticos del cuidado y la naturaleza.

Aunque el movimiento feminista fuera de hecho tan importante como el movimiento obrero socialista para el desarrollo de la democracia, y desde sus inicios señalara la importancia de la capacitación para el desarrollo humano que suponía el inmenso trabajo de cuidado gratuito desarrollado por las mujeres en el hogar, el orden simbólico patriarcal ha seguido cancelando hasta nuestros días la importante cuestión de cuáles deben ser los vínculos o engarces recíprocos entre los primeros cuatro eslabones de la cadena de sostén (la naturaleza, el cuidado doméstico, las comunidades y los servicios públicos del Estado), y de todos ellos con el mercado que sostiene conjuntamente. La primera condición de esa revisión a fondo de la función del Estado y las

políticas públicas es rescatar del olvido los eslabones fundamentales de la cadena de sostén, donde tiene lugar el intercambio sociometabólico con la naturaleza y la reproducción cotidiana de la condición humana como tal.

Quinto y último eslabón: los mercados

El siguiente y último espacio es lo que –irónicamente– se suele llamar «economía real»: la producción (que también puede resultar a menudo destrucción desde un punto de vista ecológico y social) de bienes y servicios producidos por las empresas privadas para el mercado –aunque los flujos de valor añadido mercantil medidos en el PIB también incluyen los servicios y bienes públicos ofrecidos por el Estado, únicamente valorados por la remuneración de sus empleados públicos para evitar incurrir en doble contabilidad–. En ese ámbito cualquier bien o servicio se produce con trabajo realizado bajo condiciones mercantiles capitalistas, es decir, mediado por dinero.

Lo que finalmente convierte en capitalistas a nuestras sociedades de mercado actuales son estos dos rasgos clave, a saber: 1) resulta prácticamente imposible satisfacer nuestras necesidades humanas sin pasar de un modo u otro, y en un grado mayor o menor, por ese quinto eslabón del mercado; y 2) esos mercados están regidos, casi exclusivamente, por la búsqueda del máximo beneficio de los inversores privados que tienen capacidad para determinar con sus decisiones el funcionamiento de la economía en su conjunto –aunque ésta incluya en sus fundamentos, como ya hemos visto, tanto bienes públicos colectivos financiados con impuestos como el papel amortiguador de la ayuda mutua prestada por las comunidades y la economía del cuidado doméstico, o los recursos y servicios proporcionados por los sistemas naturales–.

Pero mercado y capitalismo no son lo mismo. El primero antecedió muchos milenios al segundo, de modo que han existido y pueden volver a existir sociedades distintas al capitalismo donde funcionen mercados. Cuando está regido por criterios capitalistas, el objetivo de la producción y el consumo a través del mercado es únicamente la obtención del máximo beneficio privado de la inversión de dinero realizada, sin tener en cuenta para ello ni las condiciones de vida de las personas ni sus consecuencias para la naturaleza. El resultado es que en lugar de situar a la economía al servicio de las personas, se ha convertido a las personas en instrumentos de esta forma tan descarnada de economía.

Dado que en ese mercado capitalista todo valor se reduce a lo que adquiere valor monetario, sólo se toman en cuenta la producción y el consumo llevados a cabo en esos dos espacios superiores de la cadena de sostén de las necesidades humanas. Son los que entran en línea de cuenta del indicador económico más omnipresente: el PIB, que equivale a la suma los valores monetarios netos facturados en el mercado por las empresas privadas, los hogares y el Estado. Aunque ese indicador únicamente ofrece información de una parte de la producción y consumo real de bienes y servicios, no de toda, a menudo se emplea en términos normativos como indicador de bienestar: se da por supuesto que todo va bien cuando crece el PIB, y viceversa.

Tenemos entonces que, en las circunstancias propias del capitalismo, los dos órdenes superiores cuyos flujos monetarios se cuentan en dinero en el PIB, el mercado y el Estado, funcionan con unos criterios por completo indiferentes y a menudo contrarios al esfuerzo para sostener la reproducción de una vida humana digna para todo el mundo que, pese a todo, se siguen llevando a cabo en los otros tres eslabones inferiores de la cadena de sostén: las comunidades, el espacio doméstico del cuidado, y la naturaleza. Esa disfunción deriva directamente de la distinción entre valores de uso y valores de cambio ya establecida en tiempos de Adam Smith, y el supuesto de que sólo estos segundos cuentan para la economía de mercado. Dicho de otro modo, los agentes económicos que interactúan de forma despersonalizada en dichos mercados deben tomar sus decisiones de producción y consumo de acuerdo con unos costes y precios monetarios que no toman en cuenta ni los costes sociales asumidos por las comunidades y las unidades domésticas en la reproducción y cuidado de la vida humana, ni los costes e impactos ambientales soportados por los sistemas naturales.

Gracias a las críticas desarrolladas por la economía ecológica y la economía feminista, aquello que los economistas clásicos llamaban 'valores de uso' ahora se denominan «costes externos» o simplemente «*externalidades*». Dejando a un lado que esa semántica ya presupone en si misma haber confinado el ámbito de lo económico a lo puramente mercantil, el lenguaje de las «*externalidades*» también supone admitir que los precios y costes surgidos de esos mercados no lo cuentan todo como es debido, pues hay multitud de costes *externos* o *sociales* no incluidos en el cómputo que afectan a otras personas excluidas de los contratos como, por ejemplo, las generaciones futuras que jamás podrían concurrir a ellos. Por tanto, esos precios relativos funcionan como señales que transmiten una información errónea a todos los agentes económicos que interactúan en aquellos mercados, induciéndolos a

adoptar decisiones que degradan sistemáticamente la cohesión social de las comunidades, la economía del cuidado desarrollada en el ámbito doméstico, y el buen estado ecológico de los sistemas naturales.

Al contrario de lo que aún piensa la mayoría de economistas, éste no es un problema menor que pueda resolverse tan sólo con algunos ajustes técnicos para corregir *ad hoc* algunas «externalidades» o asimetrías de información y costes de oportunidad meramente ocasionales. Afecta de lleno a lo que constituye la propiedad más importante del mercado, a saber: su capacidad para generar y transmitir información económica veraz entre un sinfín de personas que no necesitan conocerse unas a otras, ni tener a un planificador global, para interactuar entre ellas de una forma que promueva un uso más eficiente de los recursos de cada cual. No es un fallo operativo circunstancial de los mercados capitalistas, sino un fallo *sistémico*; y no puede ser de otra manera dado que su personaje simbólico de referencia es el llamado *homo oeconomicus* caracterizado por su egoísta búsqueda del propio beneficio.

De ahí no se sigue, sin embargo, que para llegar a ser sostenibles debamos prescindir por completo de cualquier tipo de mercado. La trágica confusión estalinista de la planificación socialista con la abolición del mercado ha demostrado que sus propiedades como mecanismo de coordinación de las decisiones individuales de mucha gente, que genera y transmite un cierto tipo de información necesaria y útil para tomar esas decisiones, resulta también un prerequisite necesario para cualquier forma de planificación económica eficaz. Ésta es una lección del colapso de las economías estalinistas de planificación central que nunca debemos olvidar: para planificar bien hacen falta mercados que proporcionen la información necesaria, y generen los incentivos o desincentivos adecuados a los fines que la sociedad se proponga. Y para organizar sosteniblemente la vida humana en sociedades muy pobladas y complejas se necesita una buena dosis de planificación en una democracia económica basada en mercados, comunidades y empresas autogestionadas por sus trabajadores comprometidas en lograr un intercambio sociometabólico perdurable con la naturaleza.

La economía ecológica también ha formulado un interesante argumento a favor de un cierto tipo de mercados locales o regionales, que es a la vez un contundente razonamiento en contra de una globalización mercantil irrestricta. Cierta articulación de mercados locales y regionales permite, en efecto, reducir los factores naturales limitantes existentes en distintos lugares de la Tierra, sea a través de su comercio directo o de una especialización en

los diferentes productos más adecuados para aquella distinta dotación de recursos naturales entre zonas que intercambian sus excedentes. Eso permite aumentar también la resiliencia de las comunidades ante sequías, heladas u otras variaciones extremas de las condiciones ambientales locales, reduciendo el riesgo de hambrunas. Sin embargo, todo comercio requiere transporte que a su vez comporta un consumo de energía y una importante fricción en los ecosistemas por los que transcurre, lo que genera considerables impactos ambientales negativos. La especialización comercial extrema también puede mudar en monocultivos y degradar la complejidad ecosistémica del territorio. Y así sucesivamente.

Así pues, existe un umbral a partir del cual la mercantilización comienza a generar más problemas socio-ecológicos de los que puede ayudar a resolver. El corolario de ese argumento económico-ecológico es que cada comunidad y sociedad debe buscar por ensayo y error el tipo de mercados y el grado de inserción en ellos que permite sacar partido de sus ventajas como institución humana que ayuda a coordinar decisiones económicas, transmitir información y favorecer un uso más eco-eficiente de los recursos naturales, evitando a la vez superar aquel umbral en la escala de mercantilización a partir del cual sus impactos devienen insostenibles. Eso da fundamento a la defensa de los mercados locales y regionales en contra de una globalización sin límites vindicada por los promotores de otras formas de desarrollo endógeno y sustentable basadas en la comunidad y la autogestión cooperativa.

Al situar juntos todos esos planteamientos en la cadena de sostén de las necesidades humanas nos damos cuenta enseguida que la clave para sacar partido a las propiedades del mercado como mecanismo de coordinación social, sin dar lugar a todos los efectos perversos que una escala de mercantilización demasiado grande acaba generando para la sociedad y los sistemas naturales, reside en tener esos mercados socialmente embridados dentro de unos valores comunitarios y del cuidado doméstico que los mantengan bajo control social en una democracia económica que combine planificación y mercado a diversas escalas. Las propuestas generales y prácticas emergentes de la agricultura ecológica o el comercio justo se encaminan en esa dirección: reducir los circuitos de producción y consumo a entornos de proximidad democráticamente controlables, añadir a los precios descarnados etiquetas ecológicas y sociales que informen de forma transparente a los consumidores de dónde vienen y cómo han sido producidos los productos que consumen, generar otros tipos de empresa donde se pueda trabajar sin estar sometidos a la dictadura del beneficio privado ajeno.

Este planteamiento nos conduce a una conclusión general muy sintética: la insostenibilidad de la economía capitalista actual proviene fundamentalmente de la hipertrofia que experimentan los eslabones superiores de la cadena sostén cuando están regidos por el único imperativo del máximo beneficio privado a expensas de una degradación creciente de los eslabones inferiores en los que, sin embargo, se siguen sustentando los de arriba. Dado que sólo los dos eslabones superiores del Estado y el mercado entran en línea de cuenta del PIB, y es con ese PIB como se mide el crecimiento económico, podemos decir lo mismo en los términos con los que se suele formular ese argumento desde la economía ecológica y la economía feminista: *este crecimiento económico está minando su propia base de sustentación*. Está cavando su propia tumba, literalmente.

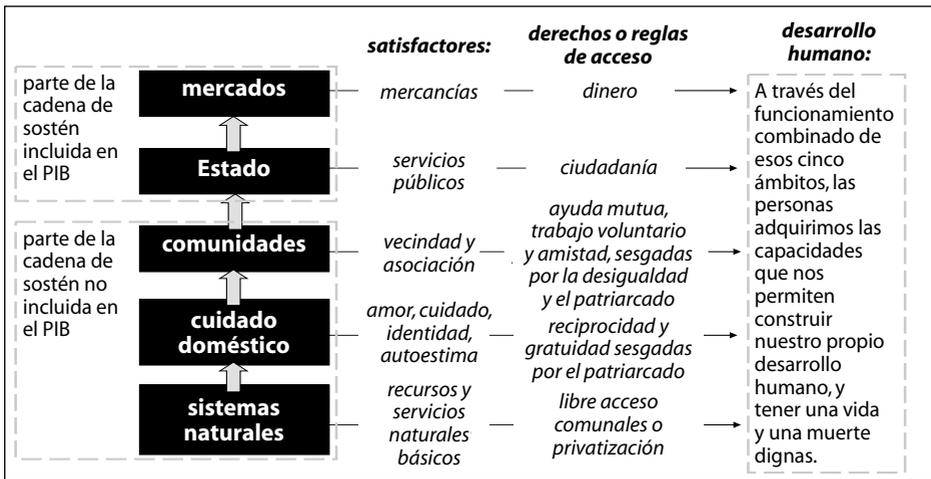
Hay varios estudios que han comparado las series históricas de crecimiento del PIB per cápita y algún índice compuesto de bienestar sostenible, y han encontrado que el bienestar de las personas sólo ha conseguido aumentar de manera más o menos paralela al crecimiento económico hasta un determinado momento. A partir de ese punto de inflexión, aunque el PIB continúe creciendo el bienestar comienza a disminuir (por ejemplo porque la degradación ambiental exige mayores gastos compensatorios o 'defensivos', y también por otros mecanismos sociales). La mayoría de países desarrollados parecen haber atravesado ese umbral de saturación hacia los años de 1970, justo cuando alcanzaron un nivel de renta per cápita que se asemeja bastante al punto de ruptura que también muestran las correlaciones existentes entre el nivel de renta y el porcentaje de población que declara sentirse feliz: unos diez o doce mil euros anuales a poder adquisitivo actual, la renta de un «*mileurista*». Por encima de ese nivel parece que el incremento del PIB per cápita ya no aumenta el número de personas que se declaran felices con la vida que llevan. Puede que incluso disminuya, especialmente si con la capacidad adquisitiva también se incrementa la desigualdad interna de la sociedad en cuestión. Las correlaciones de PIB con el índice de Desarrollo Humano (IDH), o de éste con la 'huella ecológica' también ponen de manifiesto aspectos muy relevantes de la insostenibilidad e indeseabilidad de un crecimiento económico excesivo más allá de cierto umbral.

Todos éstos son ejercicios muy discutidos, porque para evaluar cosas tan complejas como el bienestar, el desarrollo humano o la presión sobre los sistemas naturales mediante índices cuantitativos compuestos hay que adoptar algunos supuestos bastante discutibles, que no siempre encuentran un consenso general y nunca pueden aprehender por sí solos la

multidimensionalidad de todos esos fenómenos. Pero incluso si consideramos que se trata tan sólo de indicadores de brocha gorda, resulta llamativo que en las imágenes tan borrosas que nos proporcionan de la realidad ya emerja con cierta claridad una noción a la que también podemos llegar reflexionando más filosóficamente sobre nuestra propia experiencia: más no es siempre mejor, no podemos satisfacer nuestras carencias afectivas consumiendo más objetos inútiles para ello, hay que saber cuánto es bastante, hay que aprender a vivir mejor con menos para que otros y otras puedan simplemente vivir...

Para comenzar a hacer realidad ese cambio drástico de trayectoria se requiere una masa crítica de gente dispuesta a combinar la 'voz' de la protesta con el desarrollo cotidiano de vías de 'salida' efectiva del sistema establecido, aunque se trate tan sólo de salidas parciales e inicialmente pequeñas. Es de vital importancia darse cuenta que los cambios sociales deben producirse a la vez en toda la cadena de sostén. No bastará con que ocurran sólo en alguno de sus eslabones. Para eso proponemos ese marco general que resumimos muy esquemáticamente en la figura 1: para nombrar, hacer visibles y pensar cómo rehacer los nexos entre los componentes interdependientes que permiten (o no) satisfacer las necesidades de la gente.

Figura 1. La cadena de sostén de las necesidades humanas.



Fuente: elaboración propia a partir de múltiples referencias (ver las citadas al final del texto).

Lo que hemos planteado hasta aquí, y resumido esquemáticamente en la figura 1, es tan sólo un esbozo preliminar que puede resultar útil para poner palabras y comenzar a pensar en la sostenibilidad de la vida humana, pero sólo hasta

cierto punto. Una de nuestras motivaciones es intentar superar la formulación banal en tres ángulos o esferas que tantas veces se emplea para expresar la multidimensionalidad de la sostenibilidad: ecológica, económica y social. El problema de esa lectura convencional es que miente como suelen hacerlo todas las medias verdades. Por una parte es obvio que la sostenibilidad es una noción multidimensional que debe tener alguna componente ecológica, económica y social. Pero demasiado a menudo eso se interpreta desde el orden socio-simbólico dominante, y por los poderes económicos y políticos establecidos, como una especie de componenda: conviene 'equilibrar' hasta donde se pueda el crecimiento económico con un poco de 'cohesión social' y cierta 'corrección de impactos ambientales'. Eso es todo.

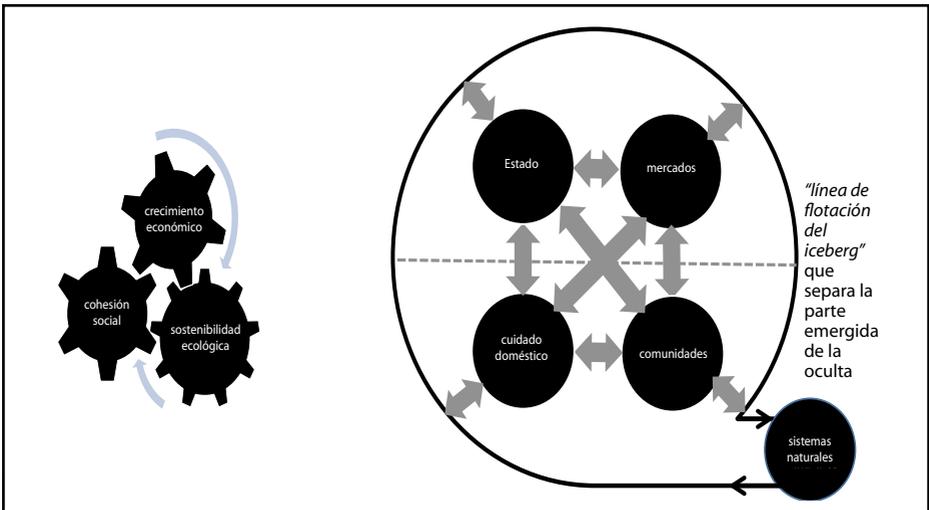
De ese modo, ni las políticas sociales ni las ambientales pueden nunca poner en cuestión el funcionamiento de una economía que socava constantemente todos los vínculos sociales no mercantiles y el buen estado ecológico de los sistemas naturales. Dicho en plata, seguimos dejando que sea el lobo quien cuide del rebaño. La fuerza transformadora de la noción de sostenibilidad de la vida humana sólo puede emerger si sacamos a la luz la entera cadena sostén que puede satisfacer o frustrar realmente la satisfacción de las necesidades de la gente, en todas sus dimensiones y a lo largo de sus vidas.

Entonces resulta patente que los eslabones superiores de la cadena funcionan con una lógica contraria a la sostenibilidad de la vida humana y están, por tanto, minando constantemente la tarea de sostén que mejor o peor siguen llevando a cabo las comunidades, las unidades domésticas y la naturaleza. Son los que ha desarrollado históricamente el capitalismo, y se identifican con él. Por tanto, una sociedad sustentable, capaz de hacer las paces con la naturaleza y consigo misma, tiene que buscar alguna vía de salida practicable más allá del capitalismo, del patriarcado y de esa democracia acogotada por su supeditación al orden social, simbólico y material, que el capitalismo y el patriarcado imponen a nuestras vidas.

Para seguir pensando y experimentando realmente en la construcción de una cadena de sostén superadora de la depredación capitalista y patriarcal hay que ir un poco más allá del esquema inicial presentado en la figura 1. Ese esquema sólo sirve para identificar la sucesión lógica e histórica entre cinco eslabones o ámbitos dentro de los cuales rigen valores y criterios de decisión claramente distintos e incluso contrapuestos. Pero dado que al final la satisfacción o frustración real de las necesidades de la gente proviene de los funcionamientos combinados que interrelacionan entre sí todos esos

ámbitos, el esquema también se queda corto. Para ir más allá de él hay que analizar más a fondo los nexos cruzados que unen esos funcionamientos, tal como se sugiere en la figura 2 donde se compara la noción convencional en tres dimensiones –cuyo bloqueo proviene de las dinámicas opuestas de la economía respecto de la ecología y la sociedad– con la complejidad del funcionamiento integrado de todos los eslabones de la cadena de sostén:

Figura 2. El bloqueo al que conduce la tríada convencional en que se suele subdividir la sostenibilidad (izquierda), comparado con la complejidad de los funcionamientos integrados de todos los eslabones de la cadena de sostén (derecha).



Fuente: elaboración propia a partir de múltiples referencias (ver las citadas al final del texto).

En cualquier caso, queremos constatar que nuestro esquema, y su versión simplificada en las figuras 1 y 2, ha dejado bastante de lado las relaciones internacionales y los efectos de la globalización. La razón es que pensamos que complicaría mucho el esquema sin aportar muchas novedades a las ideas básicas de funcionamiento del sistema y la reproducción de la vida. Pero queremos señalar que en los estudios sobre movilidad, mercantilización o mala distribución internacional de los recursos, o sobre los efectos de la globalización, nunca se consideran los procesos de movilidad, redistribución, mercantilización o globalización que están afectando al cuidado y, por tanto, a las mujeres cuidadoras que participan en las cadenas mundiales de afecto y de cuidados, nombre originalmente utilizado por Hochschild para designar las cadenas que forman mujeres pobres de países pobres cuidando cada una los hijos e hijas de otra para que la última de la cadena pueda emigrar a realizar trabajos de cuidadora en países más ricos.

2. Las relaciones de funcionamiento que sustentan nuestras vidas como mujeres y hombres

Desde un punto de vista operativo el concepto de sostenibilidad no es fácil de definir, pues se trata de una noción multidimensional que engloba diversas sostenibilidades: ecológica, económica, humana y social, y todas las interrelaciones que existen entre ellas. Lo más difícil es especificar estas relaciones de funcionamiento dada la complejidad de los múltiples nexos que conectan los distintos espacios. Dicho de otra manera, la sostenibilidad de cada ámbito requiere la sostenibilidad de todos y cada uno, siendo imposible definir la sostenibilidad de uno de ellos sin contar con los demás. Estas diversas sostenibilidades deben estar entrelazadas formando una sostenibilidad con mayúsculas. Ocultar las relaciones de interdependencia relacional solo conduce a una sostenibilidad imposible. Hay que hacerlas explícitas para transformar las actuales relaciones de explotación (de la economía de mercado capitalista sobre el planeta y sobre el ámbito doméstico) en relaciones cooperativas.

Actualmente todos esos ámbitos donde tienen lugar interacciones entre personas y/o grupos, están atravesados por distintos tipos de relaciones sociales y personales, sean éstas de desigualdad jerárquica como en las relaciones capitalistas, las patriarcales o las de etnia/raza, y otras horizontales motivadas por afectos, solidaridades o reciprocidades. Todas estas relaciones se entrecruzan, cohabitando algunas de ellas simultáneamente en determinados ámbitos, épocas o lugares. Ya hemos visto cómo, en primer lugar, las relaciones patriarcales atraviesan toda la estructura de los distintos ámbitos. Comienzan por la asignación por sexos de todo tipo de trabajos –sea en el espacio mercantil capitalista como de cuidados en el entorno doméstico–, y prosigue convirtiendo al primero en un trabajo socialmente reconocido mientras el segundo pasa a considerarse una labor socialmente devaluada. Seguramente es en el nexo entre el ámbito del cuidado doméstico y el de la comunidad donde primero arraigan las relaciones patriarcales, y se ejercen con mayor fuerza, tratando de mantener a las mujeres aisladas unas de otras en una situación vulnerable. Sin embargo, el movimiento feminista ha comprendido que la transformación social arraiga en la relación humana más básica, que enlaza a las personas de dos en dos, y por eso ha proclamado que lo personal es político. Esa nueva visión ha permitido entender el ámbito del hogar desde otra mirada. Porque es ahí donde las mujeres no sólo han sabido sostener las vidas de otras personas sino también modificar las suyas propias y su relación con los hombres. Mientras el capitalismo *«ha eliminado la ternura*

en las relaciones humanas» –de nuevo en palabras de Christopher Caudwell–, las mujeres han seguido empleándola a fondo para que la civilización humana pueda perdurar reproduciéndose. Y han acabado empleando ese saber no sólo para reproducir, sino para transformar las relaciones entre mujeres y hombres. Esa es la raíz profunda de la revolución más importante del siglo XX.

De ese modo, en el propio espacio doméstico se entrecruzan lógicas y funcionamiento contrapuestos. Aunque no faltan ejemplos de subordinación extrema dentro del hogar, sin la capacidad de resistencia y transformación de las relaciones humanas que han ejercido siempre las propias mujeres desde el propio ámbito doméstico, y más allá, el mundo común se habría venido abajo. Y a partir del momento en que el orden simbólico patriarcal ha dejado de marcar su destino como mujeres, éste ha comenzado también a morir. De un modo análogo a como ese orden jerárquico patriarcal ha estado presente en todos los espacios, y marcadamente en el ámbito laboral y las estructuras del Estado, la capacidad transformadora de las mujeres también se ha proyectado hacia ellos dando lugar a expresiones organizadas con una voz colectiva siempre fundadas en aquella relación molecular, de dos en dos, entre mujeres.

Las relaciones capitalistas de producción, trabajo y consumo dan lugar a distintas clases sociales que también se concretan de forma específica en los distintos ámbitos. La posición de cada clase tanto en la estructura productiva como en la financiera jerarquiza los niveles de ingreso y poder social, lo cual significa establecer quiénes toman las decisiones sobre qué, cómo, cuánto y dónde se produce, se trabaja y se consume regidas únicamente por el principio de conceder el máximo beneficio privado a los inversores. Las decisiones de esta ínfima minoría de mega-ricos son las que resultan siempre más determinantes tanto de la forma que puede adoptar (o no) la vida laboral, familiar y comunitaria de la inmensa mayoría de población trabajadora, como del tipo de uso de los recursos naturales y el grado de degradación de los servicios ambientales de la biosfera.

Por otra parte, el nivel de renta de cada hogar y su forma de estar en los otros ámbitos mantienen una estrecha relación con la cantidad de trabajo doméstico y de cuidados que se puede mercantilizar y, por tanto, con la mayor o menor proporción de necesidades a satisfacer desde el hogar con trabajo gratuito. Aunque en una sociedad mercantilizada y capitalista todos los distintos eslabones de la cadena de sostén participan en la reproducción de las personas y la satisfacción de sus necesidades, la gestión coordinada

de dichos procesos se realiza desde los hogares donde por lo general se sigue considerando responsabilidad femenina. Servicios ofrecidos por el sector público del Estado, dinero proveniente del sector mercantil, cuidados ofrecidos por el hogar o por redes sociales más amplias, ya sean familiares o comunitarias, se combinan de acuerdo a las condiciones de cada hogar –tipo de unidad familiar, niveles de renta, entorno social y natural, etc.–, elaborando estrategias de subsistencia diferenciadas. En momentos de crisis económico-financiera como el que estamos viviendo, el ámbito doméstico refleja muy bien los cambios en los mecanismos adaptativos y estrategias de subsistencia que se suceden: reagrupaciones familiares, mayor cantidad de trabajo realizado dentro de los hogares por la reducción de ingresos monetarios, etc.

Los antropólogos muestran que ese otro tipo de relaciones menos instrumentales que las patriarcales y mercantiles, como las de reciprocidad y redistribución, se han desarrollado en todas las sociedades anteriores al capitalismo y también siguen siendo fundamentales en las sociedades capitalistas. En el ámbito doméstico del cuidado, coexistiendo con las relaciones patriarcales y capitalistas, subsisten relaciones de reciprocidad motivadas por afectos, emociones o amores fundadas en nuestra necesidad de interdependencia relacional, formando conjuntos interrelacionados muy complejos y diversos según los hogares. Son relaciones de amor y cuidado tanto intra como intergeneracionales que establecen formas de colaboración continua y atención más o menos recíproca entre las personas que cohabitan.

Se supone que el principio básico implícito en esas relaciones es que nos cuidan cuando nacemos y crecemos, y cuidamos después a quienes hicieron de cuidadoras. Ahora bien, al cruzarse con las relaciones patriarcales y quedar subsumidas por ellas, las personas cuidadoras no son todas. De acuerdo con la división sexual del mundo simbólico y material establecido, estas cuidadoras siempre acaban teniendo género femenino y número singular. La rueda del don gratuito gira por tanto de un modo permanentemente desigual: las mujeres han ofrecido y ofrecen mucho más cuidado y energías emocionales que las que han recibido y siguen recibiendo. Pese a que los aspectos emocionales –sin los cuales la condición humana no existiría– no pueden reducirse a unidades de tiempo-reloj, parece importante ofrecer alguna información cuantitativa como la proporcionada por la Encuesta de Empleo del Tiempo 2009/2010 realizada por el Instituto Nacional de Estadística sobre el tiempo dedicado a los trabajos por mujeres y hombres. Contando las horas totales de dedicación, aunque los hombres han trabajado más en el mercado

que las mujeres, las mujeres trabajan en total una hora diaria más que los hombres. Y ello a pesar que el trabajo de cuidados queda muy mal recogido en dicha encuesta, tal como han puesto de manifiesto distintas autoras.

De ese modo se origina una enorme 'deuda social de cuidados' para con las mujeres –entendida en el sentido que Kenneth Boulding atribuye a la idea de donación–. Boulding plantea la importancia que el don sigue teniendo también en una economía de mercado capitalista. En ésta, según dicho autor, las donaciones serían de dos tipos: el regalo, que surge del amor, de la benevolencia, y el tributo, que surge del temor o la coacción. La mayoría de donaciones serían mezclas imprecisas de ambas motivaciones. En el caso de los cuidados, por una parte, estaría el amor a la persona cuidada, pero eso no excluye que por la otra exista cierto grado de coacción social dirigida hacia las mujeres al presuponer que ellas deben cumplir con su rol social de cuidadoras mientras que ellos tienen derecho a esos cuidados sin sentirse llamados a la reciprocidad. En definitiva, existiría una deuda social de cuidados históricamente acumulada por la donación no correspondida de tiempo y afecto de las mujeres hacia los hombres, y hacia la sociedad entera.

Ya hemos visto que sin aquella donación de trabajo gratuito y atenciones emocionales, la vida de los hombres y de las nuevas generaciones sería insostenible e impediría alcanzar los estándares de dignidad y decencia que se presuponen en las condiciones sociales actuales. Tal como dice Boulding, la supervivencia de la raza humana ha dependido primero de la explotación de las mujeres, sin la cual hace mucho tiempo que hubiese desaparecido. Alguna autora, como Hoschschild, habla de la 'plusvalía del afecto' o 'plusvalía emocional' para referirse a la transferencia que realizan las mujeres cuidadoras del afecto que podrían dedicar a sus propios hijos o hijas y, en cambio, deben asignar por razones socioeconómicas a los niños o niñas ajenos a los que cuidan.

En estos tiempos de crisis financiera y económica en que la palabra deuda (soberana, privada, hipotecaria, externa, etc.) ha pasado a formar parte del paisaje cotidiano, y en la que también hablamos de una creciente 'deuda ecológica', deberíamos incorporar también la 'deuda social de cuidados' que todas las sociedades han adquirido con las mujeres. Ponerla en evidencia es muy importante, entre otras razones, porque por debajo de las crisis económica y ecológica, e interrelacionada con ellas, subyace otra crisis social de los cuidados. El ámbito del cuidado deviene cada vez más insostenible en primer lugar porque la capacidad de trabajo y atención amorosa de las mujeres no es infinita, como a veces se supone. Y en segundo lugar, porque nunca se podrán

desarrollar condiciones adecuadas de vida a toda la población mientras el objetivo social y económico no sea otro que el beneficio empresarial.

Como resultado de esa asignación de roles y tareas establecida por el orden patriarcal en los primeros eslabones básicos de la cadena de sostén, la participación de mujeres y hombres en el espacio mercantil también es muy desigual. Por eso la forma de participar en el mercado de trabajo (contratos a tiempo completo o a tiempo parcial, permanencia laboral, etc.) continúa marcando grandes diferencias e inequidades entre mujeres y hombres, lo cual repercute en sus respectivos ingresos monetarios en forma, básicamente, de salarios y pensiones. De ahí se deriva una pobreza específica de las mujeres. Pero si todas esas mujeres que dedican muchas más horas al cuidado de la vida, resistiéndose a subordinar su existencia al trabajo mercantil como hace la inmensa mayoría de los hombres, dejaran de hacerlo, la crisis de los cuidados sería tan galopante que pondría en cuestión la continuidad misma de la sociedad humana. En su actitud subyace tanto la vigencia de una imposición patriarcal como una voluntad de resistencia, y la única vía de salida real al dilema que esta realidad nos plantea consiste en redefinir de raíz los valores y funcionamientos que rigen en nuestra sociedad, de modo que tanto hombres como mujeres se comprometan realmente en el sostén de la vida.

La naturaleza jerárquica de esos nexos de interdependencia entre los espacios del cuidado y la llamada economía «real» del mercado tiene importantes consecuencias para su funcionamiento conjunto. La economía de mercado requiere –como ya vimos– de la fuerza de trabajo reproducida, socializada y criada desde los hogares; y la economía del cuidado requiere, en nuestras sociedades mercantiles capitalistas, de un salario para adquirir los bienes de consumo necesarios para la subsistencia de la mayoría de la población. En nuestras sociedades actuales, tanto los ingresos monetarios obtenidos como salarios y pensiones como el trabajo de cuidados realizado desde los hogares son absolutamente necesarios. Pero el carácter mercantil de dicho salario y el carácter gratuito del trabajo de cuidado acaba estableciendo en esa relación una situación análoga a otras partes no monetizadas de la economía real de verdad, como los recursos y servicios obtenidos del medio natural: los inversores capitalistas incrementan sus beneficios privados a través de un desplazamiento de costes hacia dichas economías no mercantiles, al obtener una fuerza de trabajo por debajo de su coste y degradar la naturaleza sin pagar el coste real que supone. Ahí se encuentra la raíz misma de la insostenibilidad ecológica y social de la actual economía de mercado capitalista.

Así pues, la naturaleza y el trabajo doméstico que reproduce la fuerza de trabajo son los dos pilares básicos en los que se apoya el sistema económico actual. Aunque los ignore como meras «externalidades», sin estos pilares el sistema se vendría abajo. Es más, lo que llamamos crecimiento económico no proviene únicamente de mejoras tecnológicas en la eficiencia del uso y procesamiento de la energía y los recursos naturales extraídos de la biosfera. Una parte nada despreciable del mismo también es resultado de la ampliación del espacio mercantil a expensas de los demás, conseguida a base de forzar sus ritmos de su reproducción: ampliar el abanico de recursos naturales apropiados y acelerar los ritmos de su explotación o extracción; mercantilizar tareas y productos que antes se llevaban a cabo en el interior del hogar para concentrar la labor de cuidados gratuitos únicamente en generar y mantener las condiciones básicas de humanidad de aquellos y aquellas que deben ser explotados al máximo en el mercado de trabajo, de productos o crédito a mayor gloria del beneficio privado.

La economía como disciplina ha ocultado estas relaciones y desplazamientos. Antonella Picchio nos recuerda que el análisis económico del mercado laboral ha ignorado la relación dinámica entre el proceso de producción de mercancías y el proceso de reproducción social de la fuerza de trabajo. Y este proceso no solo se refiere al tiempo que pasan los trabajadores en su puesto de trabajo, sino a su ciclo vital completo y a la reproducción de las futuras generaciones. Que se trata de un proceso humano y no técnico y, por eso, la reproducción de las personas no se puede separar ni aislar del contexto social en el cual se da. Sin este trabajo invisible que hacen mayoritariamente las mujeres no habría ni mano de obra, ni existencia humana.

Por tanto, esa economía «real» del mercado funciona ignorando la otra economía «real-real» del cuidado doméstico y la naturaleza que la sostiene. Por encima de ella misma se ha desarrollado esa nube de deudas a la que llamamos economía financiera. No es una economía «real» en el sentido de que no produce nada. Es sólo un complejo sistema simbólico de contar las cosas desarrollado por el capitalismo que sirve para engrasar los engranajes del mercado proporcionándole «liquidez» –es decir, dinero que ya no es las más de las veces un objeto contante y sonante, una moneda, sino unos simples dígitos de información que pueden transferirse como deuda o valor adquisitivo–. Dejada a su propio albur, esa nube financiera es sumamente propensa a lo que llamamos especulación, es decir sustituir la producción y consumo de bienes y servicios «reales» por meras transacciones de numerario que permiten a unos pocos ganar dinero mientras crece la deuda de todos los demás.

El sistema financiero concede créditos con mayor o menor garantía al sector privado (empresas o personas) o al sector público, bajo el supuesto de que el crecimiento económico le permitirá recuperar en el futuro esa deuda y pagar los correspondientes intereses. Si tales créditos se entregan y multiplican sin ningún tipo de control, ello suele conducir a una crisis financiera que acaba repercutiendo sobre el resto de ámbitos a los que subsume. En esta última Gran Recesión ha estallado una inmensa burbuja especulativa cuyo impacto sobre todo el funcionamiento de la economía de mercado, y el resto de ámbitos de la cadena de sostén, está siendo brutal: destrucción de puestos de trabajo, cierre de empresas, incremento desbocado del paro.

En los hogares los efectos también son notables. Primero, la reducción de ingresos monetarios debido al desempleo, a la reducción de salarios y al aumento de pagos por los servicios públicos. Segundo, el aumento del endeudamiento hipotecario de los hogares o pérdidas de ahorros por engaños financieros. Tercero, pérdida de bienestar por reducción de los servicios públicos que se recortan e incremento de trabajo en los hogares, básicamente sobre la carga de trabajo de sostén de las mujeres. Aspectos que en conjunto están conduciendo a situaciones de pobreza a una parte creciente de la población.

Finalmente, también existe una relación entre esa economía financiera y el funcionamiento ecológico. Las deudas contraídas a futuro en el sistema financiero requieren de un determinado crecimiento de la producción para poder ser amortizadas, pero eso ocurre sin tener en cuenta que los recursos naturales son limitados. Por tanto, tarde o temprano dicho crecimiento entra en contradicción con el mantenimiento en buen estado ecológico de los bienes fundamentales de la biosfera, poniendo en peligro el sostén de la vida en el planeta tal como ahora la conocemos, y necesitamos que perdure.

Para sacar a la luz la insostenibilidad de los funcionamientos actuales de este capitalismo de casino que depreda sus propias fuentes de sostén, hay que poner en cuestión lo que algunas autoras han denominado la 'economía del iceberg'. La línea de flotación de ese iceberg socio-simbólico estaría situada entre el espacio de las comunidades y el mercantil en conjunción con el Estado, siendo de mucha mayor importancia para la sostenibilidad de la vida todo lo que queda oculto debajo (figuras 1 y 2). De ese modo, la economía capitalista esconde una parte importante de los procesos fundamentales para la reproducción de la vida humana, y esa ocultación permite a los inversores privados que la manejan eludir toda responsabilidad sobre las condiciones de vida de las personas y el medio ambiente común.

La línea de flotación de ese iceberg también sesga u obnubila el funcionamiento del Estado, que supuestamente debería contrarrestar el predominio irrestricto del beneficio económico privado. No es de extrañar entonces que buena parte de sus leyes y políticas públicas evidencien una doble ceguera hacia la insostenibilidad ecológica y social del sistema. Sus normas y actuaciones siguen obviando la necesidad de cuidar a la gente y al medio natural, desvalorizando ese trabajo de cuidado que se delega implícitamente en las mujeres tanto como la ausencia de regulaciones ecológicas adecuadas sigue permitiendo la desvalorización de los recursos y servicios ambientales.

Una economía sostenible que trabaje para la satisfacción de las necesidades de todos los seres humanos, manteniendo la capacidad de reproducción de su mundo común social y natural, debe empezar por poner en claro e invertir esa relación: el Estado y el mercado deben estar al servicio de las comunidades, el cuidado de la personas en el ámbito doméstico, y el buen estado ecológico de los sistemas naturales.

Las distintas escuelas de pensamiento económico siempre se han propuesto pensar y organizar la economía como un sistema cerrado cuyas fronteras no van más allá del mercado y la producción mercantil. Esa visión tan estrecha es la que le ha impedido observar y discutir sobre la (in)sostenibilidad del sistema. Posiblemente en algunos casos ésta haya sido una opción deliberada derivada de una visión del mundo sesgada por el patriarcado. La mirada masculina de la sociedad ha otorgado relevancia sólo al mundo público y mercantil, que ha sido tradicionalmente el lugar socialmente asignado a los hombres. Y bajo esa mirada, pretendidamente universal, el resto de los ámbitos han quedado invisibilizados. De ahí que hacer visibles los distintos espacios de la cadena de sostén, y sus interrelaciones, sea una de las tareas pendientes más importantes para la economía feminista y la economía ecológica. Abordarla requiere que esas dos corrientes heterodoxas comiencen a dialogar entre sí, y a interconectar sus críticas y aportaciones respectivas para reflexionar conjuntamente sobre un tema fundamental para ambas corrientes, y para toda la sociedad: cuales serían las condiciones de sostenibilidad de la vida en su conjunto.

Algunas referencias útiles para seguir leyendo y debatiendo

Sobre el papel central de los cuidados y su relación con la reproducción económica, la autora de referencia es Antonella Picchio. Una parte importante de su obra se encuentra publicada en castellano. Véase, por ejemplo:

“El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercado laboral”. En Cristina Borderías, Cristina Carrasco y Carme Alemany (comp.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria. 1994.

“Un enfoque macroeconómico “ampliado” de las condiciones de vida.” En Cristina Carrasco (ed.) *Tiempos, trabajos y género*. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona. 2001.
 “Condiciones de vida: perspectivas, análisis económico y políticas públicas.” *Revista de Economía Crítica*, Nº 7, 2009.

Sobre el mismo tema, aunque más relacionados con la idea de sostenibilidad de la vida, se pueden ver los artículos de Cristina Carrasco “La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?” publicado en la revista *Mientras Tanto*, Nº 82, 2001; y de Amaia Pérez Orozco, “Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico” publicado en la *Revista de Economía Crítica*, Nº5, 2006.

Sobre la sostenibilidad de la vida, pero destacando los puntos de encuentro del feminismo y el ecologismo, trata el artículo de Anna Bosch, Cristina Carrasco, Elena Grau, “Verde que te quiero violeta”, publicado en Enric Tello, *La Historia cuenta: del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*. Barcelona: El Viejo Topo/Fundació Nous Horitzons, 2005. En este libro, Enric Tello ya reflexiona sobre la cadena de sostén de la vida humana. Un interesante texto de síntesis sobre las dimensiones de la sostenibilidad, que incluye un capítulo sobre “La centralidad de los cuidados, las mujeres y la sostenibilidad”, puede encontrarse en el volumen colectivo coordinado por Yayo Herrero, Fernando Cembranos y Marta Pascual, *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Una nueva cultura de la sostenibilidad*. Madrid: Ecologistas en Acción, 2º ed., 2011.

En relación al tiempo-reloj como unidad de medida y los problemas de medir el tiempo de cuidados, recomendamos el artículo de Barbara Adam “Cuando el tiempo es dinero. Racionalidades del tiempo y desafíos a la teoría y práctica del trabajo”, *Sociología del trabajo*, Nº 37, 1999.

El problema de las cadenas mundiales de cuidados fue planteado por primera vez por Arlie Hochschild, en 2001. “Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional”, en Giddens, Anthony y Hutton, Will (eds.), *En el límite: La vida en el capitalismo global*. Barcelona: Tusquets. Posteriormente, en 2003, escribe sobre distintos aspectos del tema del cuidado en, *La mercantilización de la vida íntima*, versión castellana de Katz en 2008.

Un estudio aplicado sobre las cadenas de cuidados es *Desigualdades a flor de piel*, de Amaia P. Orozco y Silvia L. Gil, publicado por ONU Mujeres en 2011.

El texto sobre donación de Kenneth Boulding es *La economía del amor y del temor*, de 1973, publicado en castellano en 1976 por Alianza Editorial. El mismo autor escribe un artículo sobre el trabajo doméstico en 1972, donde habla de la explotación de las mujeres, “The Household as Achilles’ Heel”, *Journal of Consumer Affairs*, 6, Núm.1.

El único texto de Christopher Caudwell traducido al castellano es *La agonía de la cultura burguesa*. Barcelona: Anthropos, 1985. También puede encontrarse una biografía intelectual y política en Edward P. Thompson, “Christopher Caudwell”, en *Agenda para una historia radical*. Barcelona: Crítica, 2000, pp. 125-193.

El texto citado de Stéphane Hessel proviene de *En resumen...o casi*, Madrid: Aguilar, 2012.

La versión original de este artículo se encuentra dentro de la publicación “Sostenibilitats. Polítiques públiques des del feminisme i l’ecologisme”, Maria Freixanet (coord.) ICPS 2012, que es el resultado de una investigación elaborada por el [Instituto de Ciencias Políticas y Sociales](#) y presentada en el XI seminario Ciutats i Persones, en noviembre de 2012.